

se creía el *último*, el *indigno*. Nosotros lo llamábamos el *mejor*, el que más nos honraba con su amistad sincera. De ahí que hayamos sentido tanto su desaparición. Y no pudiendo tributarle un homenaje digno de su memoria, en estas líneas, tan pobres de mérito como ricas de afecto, hemos querido exteriorizar nuestra gratitud y cariño al que ya desde el cielo intercede por nosotros.

Algunos días antes de morir Monseñor fue el P. Bertola a visitarlo. Al reconocer al amigo se dibujó en el rostro del enfermo la más profunda alegría. «Voy a darle la bendición de María Auxiliadora», le dijo el Padre. «¡Oh! qué bueno!» respondió el varón insigne con los ojos vueltos al cielo. Luégo, con mano temblorosa y débil, intentó hacer la señal de la cruz, mas no pudo. Ya no tenía fuerzas..... Poco tiempo después, en tanto que la sociedad le tributaba en sus funerales ovación inmensa y espontánea de amor y veneración, él sin duda, en el cielo, ya hablaba con D. Bosco, y saciaba sus anhelos de belleza infinita ante su madre y reina, María Auxiliadora.

JOSÉ J. ORTEGA T., S. S.

(De la revista salesiana *Don Bosco*).

### EL RETRATO DE RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

Quiero rendir el tributo de mi dolor a Rafael María Carrasquilla, muerto hace pocas horas. Delante de mí tengo su retrato. El tono sepia le da un aspecto acogedor y amable, que atrae mi atención en las horas de tristeza y de fatiga: los ojos ensoñadores que miran hacia muy lejos; la frente y la cabeza de una blancura que tiene mucho de fosforescencia; en el costado, como un látigo de fuego, brilla el escudo de Calatrava, que

parece estremecerse de orgullo; la diestra en el pecho, como la del hombre que pintó el pincel frenético del mago de Toledo; la siniestra recoge humilde los hábitos talares que decoran lujosas insignias episcopales, y a un lado, sobre una mesilla colonial, el tricornio modesto y encogido, que trata de huír tras de la seda de una capa suntuosa que cubre los hombros poderosos y enhiestos.

Este fue mi maestro en nueve años de estudios universitarios, y este fue el maestro de todos los colombianos en la última mitad de la última centuria. Es natural que movida la sensibilidad de quienes le amaron y siguieron, digan ellos su emoción, con la palabra  *sencillez* que Monseñor Carrasquilla escribió como lema de su casa y de su escudo.

Y yo, que sobre los privilegios de su enseñanza recibí los favores de su amistad, llevo en esta tierra el compromiso de cantar sus glorias y su nombre, para enmarcar como es debido a este gran señor de la república.

Hoy diré tan sólo breves cosas, que sirvan de advertencia a las notas que sobre el muerto ilustre deseo escribir. Otro día hablaré del orador, que en la mística nos hizo conocer la augusta sombra de León XIII; la figura risueña, cariñosa y sabia de Monseñor Paúl; la hermosa y elocuente, como un cardenal italiano, del arzobispo Mosquera, o la firme, austera y perseguida del señor Arbeláez.

Luégo hablaré del hombre que supo estrujar de amor el espíritu patriótico en el panegírico de Nariño, como lo hiciera Bossuet, su maestro, en la oración de Condé, y luégo habré de meditar en el político, que santificó con su labio encendido el nombre odiado de Rafael Núñez.

Dialogaré más tarde con el maestro bajo los pórticos del Colegio del Rosario, sobre cosas frívolas y epigramáticas, o me entraré por su biblioteca, en que junto a las filosofías esotéricas de los viejos maestros, compartían la sombra de los anaqueles los clásicos de la mejor estirpe hispana y morisca. O bien lo acompañaré de nuevo a las aulas de literatura y metafísica y lo veré pasearse por entre centenares de cabezas jóvenes, que oyen de sus labios temblorosos de emoción las sutilezas que salieron de la mente del Angélico doctor de Aquino.

Tengo títulos y tengo obligación que me imponen esta tarea en la tierra en que ahora vivo, y que es la misma tierra que evocaba Carrasquilla con palabra cariñosa y jovial. Hasta Bucaramanga llegó en sus años mozos; estos soles doraron su cabeza orgullosa y hermosa; desde la cátedra sagrada de nuestros templos hizo oír su palabra de armonía no superada; en los salones departió con señores y con damas como un fino cortesano, sutil y anecdótico; bañó sus carnes en las linfas del Río de Oro; saboreó los olorosos cigarros de nuestras fábricas, bebió en la repujada vajilla el chocolate de San Juan de Girón, y guardó para toda su vida dentro de su pupila clarividente el panorama luminoso de nuestra cara ciudad.

Los poderes que tengo para trazar el recuerdo de Carrasquilla me los da la última carta suya que muy cerca de mí guardó y que fue escrita cuando yo le informaba de las asperezas de mis luchas:

«Con el mayor gusto recibí la cariñosa carta de usted. Ella me prueba, una vez más, la nobleza de su carácter. Las distinciones que usted obtuvo en el Colegio del Rosario se debieron, después del favor de la Bordadita, al excelente comportamiento de usted, y a su afecto filial a nuestro Claustro. Sólo que, al distinguirlo, anduvieron felizmente acordes el corazón y la cabeza, la justicia y el cariño..... Rafael María Carrasquilla ».

A este retrato de tono sepia que me mira con su ojo húmedo, voy a ponerle un marco en estas líneas. Es fácil la tarea, porque tuvo el alma abierta a todas las comprensiones: la del paisaje, la del dolor, la del error, la del ensueño futuro y la de la idea generosa.

MANUEL SERRANO BLANCO

### MONS. RAFAEL MARIA CARRASQUILLA

\* *Bogotá, 18 de diciembre de 1857*

† *Bogotá, 18 de marzo de 1930*

Murió el maestro, el escritor insigne, el estilista maravilloso, el eximio orador, el clarísimo filósofo, el consumado teólogo, el hombre múltiple, el amigo irreemplazable, el patriota de finísimos quilates, el sacerdote modelo: Rafael María Carrasquilla. ¡Con qué satisfacción, con qué orgullo pronunciábamos todos este nombre, ungido por la fama, por el cariño de un pueblo, de una raza! ¡Con qué orgullo lo pronunciábamos también ahora, pero con qué pena, con qué tristeza, con qué dolor! Los ojos lloran, el corazón se deshace, el alma gime, pero alaba a Dios que lo hizo tan bueno, tan perfecto, tan grande, grande en todo.

Grande fue también la apoteosis que se le tributó el día de su muerte, pero tan espontánea, tan cordial, tan unánime. Persona que recordaba el entierro del Illmo. señor Paúl hace 40 años, que dejó en Bogotá fama imperecedera, de espléndido y magnífico, decía: ha sido superior el de Monseñor Carrasquilla.

La prensa de todos los matices lo ha elogiado sin reservas. Los honores han llovido sobre él. El panegírico a su memoria se escucha en todas partes, de todos los labios.

Mucho se ha dicho, mucho se ha escrito, mucho se